

D

DOSSIER

Formas en disputa

Editora invitada: Alejandra Celedón

Introducción

Alejandra Celedón

A pesar de que la arquitectura intentó en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial distanciarse de la “forma”, los argumentos fueron articulados a partir de su propia negación: sin-plan, lo “informe” o la forma entendida como un proceso flexible y abierto fueron argumentos que emergieron como disputas a la forma. Todavía hoy no podemos escapar y, más aún, somos testigos de un interés renovado en la forma en sí misma, que crece en paralelo a un entendimiento ampliado y polisémico del término, el que ha incorporado formatos escritos y artísticos, pedagógicos, editoriales y curatoriales. Por ende, más allá de la forma material, este número cubre una amplia gama de prácticas entendidas como parte del repertorio de las posibles —y más críticas— formas arquitectónicas.

Los seis ensayos que componen este *dossier* constituyen un cuestionamiento a la autoridad de la forma con respecto a la ciudad, empujando los límites de lo que la forma arquitectónica puede llegar a ser y hacer. La enseñanza de la forma, el ensayo como forma, formas de vida, forma como movimiento, forma y moralidad, forma y territorio, son algunos de los puntos de entrada cubiertos aquí.

Eeva-Liisa Pelkonen discute sobre la enseñanza de la forma, particularmente sobre las ideas de Josef Albers. Celebrando el cuadrado —la abstracción última en términos de cerramiento arquitectónico— y a través del trabajo basado en series, Albers apunta a una familia de potencialidades, proponiendo que esta última podría ser una categoría de formas capaces de desencadenar o “afectar” un territorio.

Thomas Weaver reflexiona sobre la escritura como una forma arquitectónica posible, reivindicando la antología de ensayos —el lugar para probar y ensayar— como un lugar para el conocimiento arquitectónico. Comenzando con el texto de Adorno “El ensayo como forma”, Weaver se posiciona contra la grandiosidad de los tratados y a favor del juego y sencillez de los ensayos.

Francesco Marullo argumenta por la inevitabilidad de la forma en arquitectura. “Forma de vida”, la categoría de Agamben donde no es posible tomar como sujeto biopolítico la vida desnuda, explicaría una comprensión cambiante de la forma como relaciones entre fuerzas y posibilidades. Las formas repetitivas no son más que una señal de la belleza aterradora del siglo XX: el aburrimiento.

Gabriela García de Cortázar propone que la noción de forma en la arquitectura contiene una paradoja entre el rechazo sistemático a la idea del movimiento y una preocupación central a nivel discursivo. Tomando el *Nuevo Teatro Luxor* de Bolles + Wilson, ella revela un modo más inclusivo de concebir la relación entre la forma material y estática de los edificios.

Daniel Concha, a través de un solo ejemplo construido, la *Torre Velasca* (1958), y de un diálogo entre Peter Smithson y Ernesto Rogers, aborda un tema central que gira en torno a la forma arquitectónica: su moralidad.

Miguel Paredes, usando las operaciones geométricas de Sejima y Nishizawa, interroga formas que no están basadas en geometrías idealizadas sino “anexactas”, actitud que responde al repertorio de investigaciones formales que dominan la escena arquitectónica contemporánea.

La fuente principal de contradicción de la noción de forma en la arquitectura ha sido su esfuerzo simultáneo por responder a constricciones externas mientras ha intentado ser una entidad autónoma. El apego a obligaciones morales ha significado que las reglas que gobiernan las formas arquitectónicas han venido desde fuera, como si por sí mismas nunca hubieran sido suficientes. ¿Dónde, por lo tanto, entre el mundo de la conceptualización y la materialización, entre medios y fines, entre la autonomía y la dependencia, debiéramos localizar la forma arquitectónica? 